

Salman en el país de Putin

Carlos LARRÍNAGA

Historiador

El pasado 5 de octubre se produjo un acontecimiento novedoso en la historia de las relaciones internacionales. Era la primera ocasión en que un rey saudí pisaba suelo ruso. Nunca hasta entonces un soberano árabe había viajado al Kremlin y Salman lo hizo en el marco de la Semana Energética de Moscú, dedicada, principalmente, al mercado mundial de petróleo. No en vano Arabia y Rusia son de los mayores productores del mundo. A este respecto, el deseo mutuo de contener los precios del crudo, tras fuertes caídas en los últimos años, ha favorecido esta aproximación entre ambas naciones. Es verdad que el monarca podía haber enviado a altos dignatarios de su gobierno, pero si ha querido acudir en persona a la capital moscovita se debe a que el viaje encerraba otras claves políticas que no nos pueden pasar desapercibidas. Así, la propia escenografía escogida por Putin recordaba al esplendor de los zares. Todo para agasajar a tan distinguido invitado, acostumbrado al boato y a la ostentación de los alcázares reales de Riad. El salón ricamente decorado en el que tuvo lugar el encuentro reflejaba la importancia de la reunión. Al tiempo que realzaba la figura del presidente ruso. A diferencia de Donald Trump, quien, en su primera gira mundial, recaló en Arabia para rendir honores a Salman, dejarse impresionar por el lujo asiático y, de paso, endosarle un contrato por valor de 110.000 millones de dólares en materia de defensa, ahora ha sido Salman quien ha hecho lo propio con Vladímir Putin. Un Putin, por cierto, sumamente activo, habiéndose entrevistado últimamente con Erdogan en Ankara, precisamente para reforzar sus lazos de amistad y prestarle su apoyo frente al referéndum separatista del Kurdistán iraquí.

No obstante, como Trump, tampoco los rusos se fueron de vacío en materia económica al lograr firmar 14 acuerdos, siendo los más destacados, como no podía ser menos, los armamentísticos. En efecto, Riad se ha comprometido a comprar a Moscú el sistema antiaéreo ruso S-400 y una cantidad ingente de armas antitanques, lanzacohetes, lanzagranadas y fusiles de asalto Kaláshnikov. Es decir, que, echando mano de los petrodólares, Salman sigue pensando en equipar su país por lo que pudiese pasar. En este sentido, no debemos obviar el contencioso abierto en la región por la posible supremacía entre Arabia e Irán, o lo que es lo mismo, entre el sunismo y el chiísmo, las dos grandes ramas del Islam. Con este armamento comprado a Estados Unidos y a Rusia, Riad parece querer mandar un doble mensaje. Uno, a la comunidad internacional, demostrando su capacidad militar en caso de un eventual conflicto con los iraníes. Otro, interno, para evitar cualquier movimiento subversivo semejante a lo acontecido en 2011 con las llamadas primaveras árabes. Incluso, tampoco hay que olvidar que Arabia está librando en estos momentos una guerra en Yemen, acuciado por una conflagración civil que lo está desangrando y donde las tropas saudíes están desempeñando un papel fundamental en contra de los insurrectos hutíes, practicantes chiítas. No casualmente este asunto se coló en la conferencia entre los dos dirigentes, instando Salman a Putin a poner freno a las influencias de Teherán en la región, puesto que los iraníes apoyan a los mencionados hutíes.

Con todo, éste no es el único punto de discrepancia con la política exterior del Kremlin. El otro, sin duda, tiene que ver con el affaire sirio. Aquí Moscú, Teherán y las milicias chiítas de Hezbolá forman una entente de apoyo a Bashar al-Asad en contra de los rebeldes y de los yihadistas del ISIS. Aunque el ministro de Asuntos Exteriores ruso, Serguéi Lavrov, ha declarado que Arabia apoya las conversaciones de paz que tienen lugar en Astaná (Kazajistán), sus planteamientos difieren mucho de los de Moscú, ya que cuestionan la permanencia de Asad en el poder al término del conflicto bélico. Todas las partes priorizan la eliminación del Daésh, sí, pero mantienen puntos de vista dispares sobre la salida de la crisis y el futuro del mandatario sirio. Su mantenimiento supondría, a ojos de Riad, un aliado de Teherán, por lo que su influjo en la zona se vería comprometido a medio plazo. De ahí la insistencia de Salman en encontrarse cara a cara con Putin, con el objetivo de mermar el peso de Irán. Desde luego, el intento está ahí y es un esfuerzo

diplomático encomiable, pero me temo que no va a tener todos los resultados esperados por Riad. Sencillamente porque Moscú se halla en estos momentos en la mejor de las situaciones posibles. Por encima de las discrepancias entre sunitas y chiítas, ha logrado crear un eje alternativo a la coalición internacional encabezada por Washington. En concreto, una liga formada por Turquía, Rusia, Irán y China. Inclusive, cuando Donald Trump pretende rescindir los acuerdos nucleares con Irán, en contra del resto de los firmantes, no parece lógico que Putin abandone a Teherán a su suerte, sobre todo, después de la reelección de Rohani el pasado 19 de mayo y de la concesión del Nobel de la Paz a la Campaña Internacional para la Abolición de las Armas Nucleares. En un momento en que el magnate norteamericano causa cada vez más rechazo entre las distintas cancillerías, Putin se deja querer y trata de organizar un liderazgo alternativo, algo que le fue muy costoso durante la era Obama. El ex jefe del KGB escucha las peticiones de Salman, le vende armas y le recibe en su palacio, pero al margen de ello, está la “realpolitik”.

7 de octubre de 2017

Publicado en *El Diario Vasco*, 15 de octubre de 2017, p. 24